

marzo  
7/54

# Relieves

DM

Por Jorge Mañach

## La fundación del Lyceum

De la conferencia leída con motivo de las Bodas de Plata del Lyceum y cuyo exordio ya ha visto la luz en otras páginas, publico ahora sucesivamente en el DIARIO algunos extractos.

LO que había en el aire cuando el Lyceum se fundó era, junto a la sombra de la situación política opresiva, cargada ya de ominosas tensiones, un resplandor de jóvenes esperanzas, un deseo de romper con todas las inercias y rutinas, una voluntad de superar el individualismo—ya fuera abusivo o canijo—en que se había ido desmedran-



de la cubanía y retardando la integración nacional. Era, en suma, una voluntad que podemos llamar socializante, porque se encaminaba, en su intención más ceñida, a acelerar nuestro proceso histórico reivindicando los valores colectivos, y en su intención más amplia, aunque no unánimemente compartida, a propiciar las ideas que querían hacer del mundo entero comunidad de naciones y de hombres.

A ese espíritu respondió en el fondo la creación del Lyceum, estuviesen o no conscientes de ello sus fundadoras. Cuando Renée Méndez Capote, que por algo lleva ese apellido ilustre, trajo de España la imagen—si es que no la idea, susurrada ya aquí por Suárez Solís—de una sociedad de cultura y de recreo deportivo para mujeres, a semejanza de las que existían en Madrid y en otras ciudades; cuando Berta Arocena acogió con entusiasmo esa idea, y ambas se movilizaron de inmediato para conquistar amigas, y todas pusieron enseguida el pecho a la tarea, con denuedo casi heroico para aquellos momentos de angustia y de crisis económica, a lo que estaban respondiendo sobre todo era al difuso deseo de que el alma cubana se nutriese de todos esos valores—justicia, libertad, bienestar, cultura—con cuyo general disfrute los individuos adquieren conciencia de comunidad

verdadera, y sienten que vale la pena esforzarse y hasta sufrir por ella. Si, aquella empresa del Lyceum era pariente de los directorios estudiantiles, de los sindicatos obreros, de la Alianza Nacional Feminista, de la Institución Hispano Cubana de Cultura, del Vanguardismo.

Tan lo era de éste, que su órgano, la *Revista de Avance*, en su número de febrero de 1929, después de comentar editorialmente la actividad de la Alianza Feminista, en la cual veía una esperanza de humanización para la política cubana, "ruin, antiestética y repugnante", en otra nota directriz saludaba con emoción fraterna la fundación del Lyceum—"una señal más—decía—del deseo de asumir responsabilidades públicas que anima, desde hace algún tiempo, a las mujeres cubanas..." "Sufragismo y liceísmo—agregaba la nota—son, en definitiva, modos

operantes de una común apetencia de dignidad y de servicio social".

"Servicio social"... En cierto modo, eran esas palabras un poco holgadas todavía y más bien proféticas. Pues sería exagerado decir que el Lyceum se fundó con ese designio. Inicialmente, su propósito sólo fué el de proveer a sus socias oportunidades de cultura y deporte. Lo de la asistencia social vino bastante después. Sin embargo, nada llega a desarrollarse si antes no está en germen, y en el caso del Lyceum el germen fué la concepción misma de la sociedad creada en 1929. ¿Qué tipo de institución concibieron y organizaron las fundadoras?

No busquemos ningún testimonio de palabras. En un bello artículo conmemorativo publicado hace unos días por César García Pons, se deja entender que ya desde el comienzo el Lyceum postuló como su primera finalidad "fomentar en la mujer el espíritu colectivo, alentando y encauzando toda clase de actividades de orden cultural y social". Pero, con todo respeto para nuestro acucioso historiador, no sé por qué me imagino que esas palabras deben pertenecer a alguna apología posterior. Que yo sepa, el Lyceum nació sin manifiestos, sin declaración formal de ninguna clase, apenas sin otra cosa que unos estatutos escurtos. Gran tentación se

me ofrece aquí de invocar esa sobriedad para defender a las mujeres de la acusación de locuacidad que los hombres solemos hacerles. Pero no he de permitirme digresiones que puedan parecer adulatorias. Lo cierto es, visiblemente, que el Lyceum se ha caracterizado siempre por una gran parquedad de palabras. Ha preferido el hacer al decir, y el hacer callado al hacer ostentoso.

El primer hecho que nos revela la concepción originaria del Lyceum no es tanto lo que la sociedad fué al nacer, como lo que **no fué**. No fué, por lo pronto, un club. Eso es ya significativo. Las instituciones tipo club aspiran a ser ámbitos cerrados, excluyentes, dedicados tan sólo a la atención y servicio de sus socios, a la sociabilidad mínima o de grupo. Responden a ese doble prurito de distancia y de contacto, de conjunción en la separación, que explica tantos fenómenos sociales—el de la moda, por ejemplo, según ha puesto de relieve Jorge Simmel. Los clubes propiamente tales tienen una concepción de lo distinguido como segregado, más que como eminente. Por eso en el *clubman* o en la *clubwoman* hay siempre algo de snobs. Inven-to de los ingleses, que son un pueblo de mecanismos políticos democráticos, pero de mentalidad social aristocrática, el club es siempre cosa aparte y hasta un poco hostil a lo común: no en balde la palabra *club* significa también maza o tranca. El club se basa en la idea venerable de que la unidad hace la fuerza, pero esa fuerza la dirige hacia dentro, egoístamente. Que una sociedad, sobre todo si es femenina, se funde sin querer ser club, sin querer la distinción por la segregación, ya es algo que acredita un espíritu generoso.

Pues bien: el Lyceum se concibió y organizó como algo muy distinto del club hermético y de la sociedad de privilegios. Ya el nombre mismo, aunque se tomara de sus congéneres, obligaba a una intención generosa, por su sapiencia aristotélica y sus connotaciones educacionales. Esa intención sin duda se vió acentuada por las circunstancias históricas que antes dije y por la personal psicología de las fundadoras. Tal vez haya que agregar también la conexión conyugal de algunas de ellas. No siempre ha de regir aquello de *cherchez la femme*. En este caso, por lo menos algunos maridos de vocación cívica y letrada tuvieron algo que ver, y las propias fundadoras así lo reconocieron en sus declaraciones iniciales.

DM, marzo 7/54